

A los jóvenes artistxs.

Dicen que al principio el tigre no sabía cazar. Dicen que solamente acechaba. Que se acostaba debajo de una ceiba y se ponía a vigilar el río y a los animales que arrimaban a tomar agua. No correteaba a ninguno porque en ese tiempo era un animal muy rudimentario, muy simple. Tenía apenas el cuerpo y el pelo rucio, sin dibujos ni manchas. Y tenía la cabeza ya formada, y las orejas y los ojos grandotes, pero no tenía manos ni pies ni boca, así que no tenía hambre y tampoco voluntad. Sin embargo, así, acechando fue sabiendo las cosas. Escuchó bichos en los que nadie más se fijaba y descubrió formas que parecían invisibles por lo finitas que eran. Distinguió las matas que se mecían por el viento de las que se mecían por la procesión de algún animal. Supo cómo crecía cada bejuco y qué comía cada hongo, encima de qué dormían los unos, a qué le tenían miedo los otros, cuáles caminos tomaban, qué venenos echaban.

Recién entonces empezaron a salirle las manchas: le fueron saliendo de una a una por cada cosa que aprendió. Pero entre más manchas tenía, más difícil era distinguirlo, más se camuflaba, así que ninguno sabía si el tigre estaba mirando o no. Por eso los animales empezaron a tenerle miedo. Con el tiempo llegó el día en que el tigre lo supo todo. En ese momento le salieron las patas. Eran dos palitos flacos y enclenques. Sin embargo, bregó a moverse con ellos para ir a contar lo que sabía, pero como no lo veían llegar, los otros animales se asustaban y salían corriendo. Ahí fue cuando al tigre se le formó la boca y le brotaron garras y dientes. Entonces empezó a cazar.

*Prefacio de Erial de Diana Obando*